

Sobre Batalla de Ciervos, Jorge Sosa, artista visual, escribió:

Las normas de conducta del sistema de producción, distribución y consumo artístico que domina en México se han filtrado hasta el tuétano de los creadores de mi generación y sus alrededores, entregados a las imposiciones de un régimen patrocinado por un puñado de socios que otorgan reconocimientos y castigos; la mayoría ha renunciado a la posibilidad de entender el arte y generarlo a través del pensamiento independiente, reflexivo, crítico y solidario. Persiguen zanahorias, dólares, pedazos de carbón o palmaditas en la espalda. En realidad, se trata de sometimiento, arte a destajo basado en la ecuación costo beneficio.

En este baldío afortunadamente hay excepciones, artistas un tanto más silenciosos, cuyos esfuerzos son de largo aliento, son generosos y provocan que el arte recobre su naturaleza, se comparten, aprenden de la experiencia propia y ajena, renuncian a ser espectadores o protagonistas.

Por eso celebro la decisión de publicar este ejercicio colectivo, actualmente los esfuerzos editoriales merecen un apartado en el despliegue de alternativas dignas ante un sistema que lo devora y desecha todo. Un libro transforma sus tiempos, amplía perspectivas, genera otro ritmo y tono, el humano.

Batalla de Ciervos resulta una miscelánea de rutas de exploración, articula documentos de distintos tiempos y espacios para proyectarlos unos sobre otros, generando registros invisibles, colisiones en la memoria de lo que parece no estar y que puede ser reconstruido por cada lector. La experiencia cotidiana es también una ficción, un vehículo poderoso para iniciar una averiguación inagotable, saber quiénes somos. Yo es un otro.

Es importante revisar el sitio que ocupa la documentación para comprender los movimientos culturales y artísticos contemporáneos; es primordial concentrarnos en la forma y contenido del registro para entender los desplazamientos estructurales que están experimentando las disciplinas del pensamiento, los documentos son formas de guardar en la memoria la manera en que algunas disciplinas del pensamiento asaltan la escena cotidiana. Ahí radica su valor.

Batalla de ciervos es un dispositivo para ese asalto, es en conjunto una huella cambiante, sin orillas ni fronteras, es el registro de una zona de paso que documenta la posibilidad de transformación.

Conozco a Balam desde hace diez años y eso me ha permitido observar de cerca y de lejos cambios profundos en sus pensamientos y actitudes en cuanto al sentido que descubre en el arte. También he admirado su disposición para comprender y enfrentar con entereza algunos vericuetos y desencuentros de la vida. Aprendiendo, resistiendo.

Como conclusión: ninguna, prefiero decir que la primera impresión que tuve cuando leí Batalla de Ciervos, fue que estaba ante algo que me resultaba extremadamente familiar. De cierto modo, nuestra amistad ha sido un territorio de confluencias y enfrentamientos, un

proceso complejo de desarreglos y reconstrucciones, una batalla donde cada uno ha podido comprender lo que es y no.

Sobre Sobre Batalla de Ciervos, Christian Barragán, curador y coleccionista, escribió:

UN UMBRAL, DIRÍASE

Descendiente de Charles Lamb, Ricardo Garibay, Cioran y Luis Ignacio Helguera, la escritura de Balam Bartolomé es horizontal. Ajeno y distante a posturas de domino y sumisión, frecuente en historiadores y críticos, Bartolomé practica una sintaxis lúcida y lúdica, definitiva y llana como un hueso. Empleando una voz templada, ágil y sinuosa, Bartolomé (Ocosingo, 1975) ha escrito Batalla de ciervos a manera de una fuga renacentista. Edición depurada en un tiraje limitado de trescientas copias, esta ópera prima de Bartolomé es la reunión eficaz de imagen, ensayo, relato y prosa poética alrededor de los universos del arte y el artista moderno y contemporáneo. Pero no es éste libro un compendio de quinientas hojas sino una bitácora de tránsitos y mudanzas entre días y siglos por el azar y sus accidentes, por la creación y sus encuentros inesperados.

Es precisamente un viaje al Museo de Orsay, en París, el centro y título de este diario de batallas. Su autor pretendía conocer el pequeño y amenazante cuadro de Gustave Courbet (1819-1877) El origen del mundo (1866), pero en su lugar halló una pintura monumental y sombría: El cielo en primavera. Combate de ciervos, pintada cinco años antes, en 1861. La descripción que hace Bartolomé de este encuentro es rotunda: “(la obra) encarna la contradicción que conlleva el enfrentamiento con aquello otro que también es uno”. Un combate en espejo, siniestro y simétrico consigo mismo.

Un accidente dispuso a Bartolomé frente a un cuadro que no buscaba mientras aquel anhelado aún permanece esquivo a su mirada. En otro momento, recorre el otoño camino al Museo de Filadelfia, quiere “ver” *Étant donnés* (1946-1966), última obra de Marcel Duchamp (1887-1968). Balam escribe: “Compruebo que la esencia de algunas obras es imposible de aprisionar en una estampa. Son visiones totales e inaprensibles.” Son, al mismo tiempo, todo y nada.

Resulta claro que Batalla de ciervos no trata sobre mamíferos, y en estricto sentido, ni siquiera sobre obras de arte (trampantojo), sino del enfrentamiento de dos visiones simultáneas, opuestas y coincidentes del Arte. Mientras que el señor Courbet, a través de sus facultades realistas, impele al espectador a mirar hacia dentro (ya sea en El origen del mundo, donde observamos en escorzo el cuerpo desnudo de una mujer, ya sea en El cielo en primavera donde el tema es abiertamente ontológico) propiciando un acto de reflexión y recogimiento; Duchamp incita mirar hacia fuera, consintiendo miradas lascivas, libres e imprudentes. Sólo, cabe señalar, el afuera de Marcel Duchamp está “adentro”, justo en el

mismo sitio intangible señalado con óleo por el señor Courbet. ¡Revés! El otro que también es uno: “Era, a un tiempo, todo gusano y todo caca.”

Balam Bartolomé es irónico y cínico. Camina junto a Diógenes de Sinope y Antístenes por los siglos XIX, XX y XXI escupiendo sobre los templos de la historia. Y a la usanza de Courbet y Duchamp, desnuda certidumbres y olvidos, nombrando el gozne en el cual giran la realidad y la fantasía, el pensamiento y el ensueño, el instinto y lo poético. “Lo mismo sucede con la realidad pues, en su perímetro incierto, el límite entre certeza y vaguedad se pierde en el camino del rumor.” Es él mismo, o al menos su escritura en Batalla de ciervos, mirilla (un umbral, diríase) por donde asomarse al mundo.

Sobre Batalla de Ciervos, Juan Pablo López, editor y escritor, escribió:

BATALLA DE CIERVOS, LIBRO DE CAZA

Me decía el maestro de filosofía en sus cursos que el método negativo de conocimiento es posible y útil pero falta más de una vida para encontrar el final. El método negativo comienza en cualquier punto, no tiene un principio ni un comienzo natural, por ejemplo: el libro de Balám Bartolomé, Batalla de ciervos, no es un bote de cloro, no es un buffet de abogados, no es un collar de chaquira ni el fin del verano, no menciona la Biblia en ninguna parte, no habla de política, ni de deportes, tampoco de los cambios climáticos y muy poco de huracanes, éso sí: unas cuantas historias o ficciones, unas reflexiones artísticas, algunos comentarios de vida al margen, citas tomadas un poco en cualquier lugar y varias ilustraciones desconcertantes.

Tal vez me hubiera gustado encontrar en el libro acertados comentarios sobre la fauna en Ornans, por poner un ejemplo cualquiera -tal como ocurriría en un diálogo de Buñuel- y sin embargo Batalla de Ciervos, igual que el cuadro de Courbet, del cual toma prestado el título, va directo al cuello, responde con algo así como «de cualquier manera nos vamos a morir» que es otra manera de comenzar con un «No». A partir de ahí todas las posibilidades están abiertas, los textos siguen un orden de persecución como en un cuadro de caza: dos ciervos peleándose y un tercero agonizando a la mitad del bosque en un atardecer. En el libro algo es claro, los dos ciervos son el mismo, uno mismo, un mismo en sentido contrario; opuestos son reflexión, son batallarse, pelearse, desdoblarse, combatirse y dudarse, «o qué sé yo». Distribuidos a lo largo de los textos encontramos pares antagónicos de dominios dispares que pasan de la biología a la antropología sin una intención bien definida: instintivo & poético, éxito & fracaso, estar & suceder, todo gusano & todo caca, Joseph Beuys & Pedro Infante, leisure & idleness. Cada par propone un punto de encuentro único, un campo de batalla semántico diferente y específico pero todos ellos tienen de fondo, como escenografía, la voluntad de reunir palabra e imagen.

Palabra e imagen son reinos libres y soberanos, terrenos autónomos, cada uno se piensa a si mismo, sin tomar como referencia al otro, se construye con sus propios recursos y sólo ocasionalmente, sus ciudadanos cruzan la frontera. Batalla de ciervos es la historia del cazador que encontró por accidente su presa en los dominios ajenos y regresa malherido y en cueros, con los anzuelos limpios y las puras cornamentas, para contar y desmentir lo que hay del otro lado. Ya alguien lo había dicho y se nos olvidó o negligentemente se nos traspapeló, ya lo sabíamos pero también necesitamos que nos lo recuerden como las buenas maneras y los señalamientos de urbanidad «No grave can imprison a hurricane».

Paralelas a estas aventuras de caza, aparecen fragmentos de la vida cotidiana, aforismos culturales a la manera del Reader's Digest, extractos triviales como pueden ser un niño disfrazado de burro y un burro disfrazado de niño. ¿Recuerdan aquel pasaje de El guardián entre el centeno, donde Holden trata de convencer a su novia de escaparse a toda costa y cueste lo que cueste?:

"Ya dije que no, no habrá lugares maravillosos a donde ir cuando que termine la universidad y éso. Escúchame. Será completamente diferente. Tendremos que bajar utilizando elevadores con maletas y todo éso. Tendremos que llamar a todo el mundo y decirles adios y enviarles postales desde hoteles y todo éso. Y yo estaré trabajando en una oficina ganando un chingo de varo y tomaré taxis y autobuses en la Avenida Madison, y leeré periódicos, y jugaré bridge todo el tiempo, e iré al cine y veré un montón de cortos, y de trailers y de noticiarios estúpidos. Esos noticiarios. Dios mío. Siempre hay una carrera de caballos y una señora rompiendo una botella contra un barco y un chimpancé con pantalones andando en una pinche bicicleta. No será lo mismo. No entiendes nada de lo que quiero decir."

El tercer ciervo en el cuadro de Courbet, el que no batalla, el que agoniza, el vencido, representa la Verdad verdadera o el Quinto cuarto en el libro de Balam Bartolomé, epíteto para nombrar lo incierto, lo temido, lo posible pero improbable. Cuando el tercer ciervo se presenta, cuando llega, toma el nombre de la tercera moira: Átropos, no se mueve ni gira, ni metaforiza nada literalmente, ciega con sus invectivas y anuncia el final: "Hasta tú comes pan."
